

Beautiful losers¹

PABLO ANDRÉS MIRANDA BOWN

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ TORRENT

> Profesor e investigador de la Escuela de Arte de la Pontificia Universidad Católica de Chile

> Profesor e investigador de la Escuela de Diseño de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Valparaíso

Universidad de Valparaíso

Facultad de Arquitectura

Márgenes

Espacio Arte Sociedad

Beautiful losers

Julio 2013, Vol 10, N° 12

pp. 61-65

ISSNN 0718-4034

Recepción: Diciembre 2011

Aceptación: Abril 2012

Nada tengo que ver yo con este mundo.

Jorge Teillier, Borsalino

Rentabilidad, eficiencia y productividad, son discursiva y fácticamente parte de los rasgos de la generación de un orden que se impone para direccionar la vida social y económica de la población, y por tanto, la regla y coacciona en cuanto marca el juego de oportunidades dentro de un campo de posibles. Esas formalizaciones, en el ámbito de las comunidades de trabajadores, no son más que expresiones que nos hablan de la construcción de las nuevas relaciones laborales y de particulares interacciones sociales, que a su paso dejan, como cuestión agregada, y que inicialmente no interesa calcular en los programas de modernización institucional y tecnológica, un ingente proceso de exclusión social, de fortalecimiento de nuevas periferias, y de la emergencia de hombres y mujeres que no encuentran su lugar y se quedan sin lugar. Los marcos de este orden son difusos para quienes padecen tal condición, de difícil comprensión si se trata de intentar codificar la extraña existencia de asistidos permanentes que alcanzan a través de míseros subsidios; o, simplemente les resulta complejo e inabordable el responderse el por qué han quedado carentes de reconocimiento social y dignidad. Son miles en todas partes, algunos les llaman *superfluos* o *parias modernos* (Bauman, 2005), y se multiplican por doquier en las localidades, las regiones, los países, y los continentes; llegan a las ciudades y permanecen ahí a la espera de ayuda.

Son los que no pueden ser llamados *colaboradores* en el habla del mundo de la empresa, como se les llama hoy eufemísticamente a los trabajadores. Se acostumbran a mirar como pasa la vida y a reordenar su pasado. Viejos para ser inocentes, condenados a reconstruir arquetípicamente las *edades de oro*, si es que alguna vez la tuvieron. No colaborador, tal vez sea una de las formas elegantes de llamar a un ex púgil y una ex puta —como se autoproclama— de la oficina salitrera María Elena (1925-26), enclavada en el Desierto de Atacama. Personas bellas y dignas, los que alguna vez, como otros, como tantos, soñaron con lo que los intelectuales llaman calidad de vida y desarrollo humano. Creyeron que un mundo era posible, que el futuro existía en alguna parte; no importa si éste era lineal, oblicuo, o en espiral. Su historia aconteció en la tierra más caliente, en el mar de piedras, en el paisaje lunar del desierto, en el lugar donde todo es sólo espacio y no existen las sombras. Ahora, atravesando toda la monotonía infinita de la luz, son los sin historia aparente... sin audiencia, los nuevos parias... Ángeles vestidos de fantasmas; sentidos piedras, y que cuando se les conoce, aprendemos que guardan cielo.

Hablan de cosas extrañas, de un lugar que ya no existe, de un territorio sin mapa, del pasado que inexorablemente se fue, y en algunos casos, de un ordenamiento tan delirante como la analítica del Emperador tomado prestado por Foucault a Borges. Sabemos, cada narrador enriquece —desde su particular perspectiva y matices—, infinitamente la realidad. Aparecen miradas globales, polifónicas, desbordadas, de extraño encasillamiento. Mordiendo la derrota, no pueden maldecir a nadie; no ven a nadie que puedan ofrecerles respuestas plausibles, y pocos pueden escuchar sus historias. ¿A quién se culpa en una sociedad anónima y empresa transnacional dueña de un pueblo, que se apaga junto con la vida de hombres y mujeres cada día un poco más? ¿quién debe explicarles el impacto de las nuevas tecnologías sobre las desaparecidas cuadrillas de trabajadores? ¿quién es quién en el reparto del botín? Los accionistas dispersos por el mundo no están para defender patrimonios culturales ni intangibles. Tienen sus propias reglas, su propia *story* y *history* del pasado y del futuro.

Pero, etnográficamente y etnológicamente no se trata de una cuestión puramente económica, tecnológica o educativa. Como sostiene Giorgio Agamben (2004), en el mundo en que vivimos hay una incapacidad de transmitir experiencias, porque esta procede de la autoridad, la que se ubica en el orden de *la palabra* y *el relato*; y para ello, se necesita audiencia, un espacio finito y contenido, familiaridad y confianza para que el eco de las palabras pueda retumbar en otros. Hoy, es el conocimiento el que se impone, trucando el valor que se desprende del tren de sílabas que recorre la existencia en sus intrincados laberintos.

La antropología y los antropólogos a través de sus registros están llamados a dar voz a todos aquellos que normalmente no la tienen. De ellos, en algún momento, fue parte del mundo, y si eso no se registra, nunca habrá existido. El presente y el pasado aunque se encuentren fragmentados ofrecen distintos niveles de comprensión. Sus matices crepitan al final de los días entre quienes impenitentemente hacen sus ejercicios de memoria.

Ella embolsa las mercaderías del supermercado, lenta y repetitivamente como sus días, y recoge agradecida las monedas que algunos clientes le alcanzan. Su propina es mi sueldo dice cada surco azul de su rostro. Alguna vez fue la puta más hermosa del lugar. Muchos quisieron ingresar por sus ojos claros. Escuchó más historias que las que pudo retener. Algunos dicen que fue *la mejor amiga*.

Él recorre las calles desde la madrugada, con su escoba y su carro, recogiendo la basura que el viento y los perros han diseminado por el pueblo. Dice: *es un trabajo temporal*, luego vendrá el mismo vértigo luminoso y feroz, con todos los golpes cayendo al vacío: ya no es tiempo de púgiles.

Mawa y el boxeador se quedaron sin audiencia en la última oficina salitrera del país, y tratan de activar sus mundos interiores cuando sus vidas se encuentran. A veces, algunas tardes, él la invita a ella a tomar once, y recuerdan. Y mientras en sus palabras reencuentran sus vidas perdidas, la vida se les escurre en ese mismo recordar.

Ambos fueron marginados por el cambio, la transformación, el progreso. Pero, como ningún otro, viajan por el tiempo. Quizá, con sus intermitencias, sin haber leído a Poul Bowles ni a Lévi Strauss, hacen la diferencia entre viajeros y turistas. No tienen boletos de retorno, aunque, a veces, los quisieran.

Son los *Hermosos perdedores*.

MAWA²: BAJO LOS DOMINIOS DE ZULÚ

Me llamo Mawa.

Tengo 56 años.

Mawa y su jaguares me dicen ahora, por mis perros.

Yo bailaba en Santiago, me vine al norte y el año 80 una amiga me invito para acá; donde será eso dije yo porque esto no se escuchaba allá; llegamos en bus a los pasajes, yo sin saber lo que se hacía ahí... cuando llego adentro y la multitud de hombres que había esperando mujeres... y yo le dije al vigilante: *Y bueno, a qué hora tengo que salir a bailar*, y él me dijo: *No, no, si aquí no se baila*... Ahí me dijeron: *Bueno, trabaja o se va* y ahí empecé; claro que me gustó porque gané billete aunque quedé re (sic) adolorida... y seguí... y ahí empecé la vida mía.

Empezamos a carretear en los ranchos, a tomar cualquier cantidad... en el pasaje las niñas andaban desnudas para mostrarse... los clientes pasaban pieza por pieza, eran varios pasajes.

Aquí llegaban las mujeres y los hombres se encargaban de escogerlas y pagarles pieza, a ellos no se les cobraba ni una cosa, no se les cobraba... él nos colocaba el balde y jabón para que nosotros nos laváramos ahí, después venía a buscar el balde y botarlo, nosotras no podíamos salir y así se hacían las colas... esos hombres trabajaban en la empresa, eran todos de la compañía, aquí casi no se usaba el contratista... después ya el hombre me cambiaba, recibía a otra y yo tenía que irme con otro gallo... y así nos probaron todos, pero a ellos les salía gratis, teníamos que quedarnos toda la noche con él, así que abusaban con nosotras.

Éramos como cien, en los distintos pasajes, y Sanidad de Soquimich³ nos tenía controladas.

No, no pensé nunca en irme de acá, porque yo venía arrancando de mi esposo en Santiago; me trataba mal... pa (sic) donde iba a ir; y aquí me gustó y me fui quedando... la pila de cosas que pasé acá, montones: las humillaciones, la discriminación con una... las mujeres casadas nos decían *las putas*... y empezaban así; nosotras éramos lo último, lo último acá, repudiadas por todos.

Lo único que se hacía acá era tomar y trabajar no más, nada más... si pa (sic) eso estábamos, pa (sic) servirle al público.

Una sola vez fui a Pedro⁴ a trabajar... y no me gustó, porque parece que había una que mandaba la huevá (sic) ahí; todavía no entraba al pasaje y ya empezaron a echarme chuchás ahí, me echaron cagando... me dio miedo, una de las hueonas (sic) me hacía así con la cuchilla [me la mostraba para que me asustara].

Antes había mucha pelea por el trabajo entre nosotras... las más viejas les tiraban la choreá (sic) a las más jóvenes: *Te hacís (sic) tus monedas y no volvai (sic) más maraca conchetumadre*"... pero yo porfié, porfié hasta que me quedé. Salí adelante.

Muchas veces me enamoré, pero ellos abusaban no más, pa (sic) que les saliera gratis, así que no pagaban; entonces así una se iba a una pieza, a otra pieza... después ya ese gallo se iba y una se enamoraba de otro... también se iba, entonces... era sufrimiento para nosotras no más.

Las putas de antes éramos hueonas (sic). Las minas de ahora no son putas, pero hacen lo mismo: te cobran cualquier billete, cagan a los huevones... esa es la real... ahora hay putas sin carnet (sic).

Las cosas han cambiado mucho, antes había mucha gente, mucha plata; aquí los gallos gastaban cualquier cantidad, nos daban comida, almuerzo, nos hacían regalos... sobraba la plata. Empezó a cambiar todo el 90, cuando salió la cuestión del Sida... ya empezaron a corretearse los gallos y llegó [la Oficina de] Bienestar a retirarnos a nosotras de los buques⁵. Eso se hizo tira, se desarmaron todos los buques, todos... nos fuimos a la calle y nosotras pidiendo por favor. Nos dieron piezas cada dos mujeres... ahí nos dieron la mano, pero nos costó bastante eso sí.

De ahí todo fue cambiando, unos trabajadores iban yéndose, iba llegando otra gente... ya no eran los mismos clientes de antes, todo se perdió. Todo, todo, todo se perdió acá.

Después empezaron a llegar los contratistas... eran todos rotos, ya no respetaban ya, ya venían de otra clase, de otro lado; ya venían de todos lados ya, porque la gente que estaba aquí en la pampa la mayoría era de Ovalle, gente buena, gente sana⁶.

Y cuando terminó Pedro⁷, llegaron todos los pedrinos acá. Y ahí eran peleas entre los de María Elena y los pedrinos; se agarraban a combos en los ranchos; el más conocido era el de doña Elba, el Quillota, pasaba lleno, lleno, lleno ahí; las comidas... tremendas comilonas, las cabezas de chancho las rifaban... bonito era. A veces no había necesidad de irse a acostar, los mismos gallos nos invitaban ahí, entonces se mandaban las partes: tenían mujeres... sentadas en una mesa. Les gustaba atenderlas.

Y así montones de cosas que pasamos. Una y otra y otra y otra. Las mujeres se iban yendo... las más viejitas se iban yendo... ya quedábamos las más jóvenes.

El año 90 ya empezó a desarmarse todo.

Nos dieron el pasaje Riveros a nosotras [las putas]; un solo pasaje con veinte piezas... ya quedábamos veinte ya... veinte mujeres quedábamos, y nos dieron a cada una pieza, pero estaba malo, ya no estaba bueno, ya se había echado todo a perder, ya no era lo mismo de antes, los gallos llegaban y se daban vuelta, vuelta y vuelta... al último no entraban porque iban a puro sapear no más.

Ahí empezaron a colgar los calzones.

Y al último quedé yo.

Sola, sola, el año 92. El 92 y 93, ya no pasaba nada.

Que iban a ir a verme a mí, adonde, con qué ropa.

Ahí dejé de trabajar como tres años; a las mil quinientas, de repente algo me salía, pero así a lo lejos.

Después empezó ahí ya la cuestión del "machete", en la plaza, ya no era lo mismo de antes, no era lo mismo...

Ahí yo seguí tomando, me acordaba de todas las cosas que había pasado... ahí empezaron también los abusos.

Después me metí a trabajar. Trabajé en la Municipalidad haciendo aseo, con mi carrito... claro que para qué te voy a mentir que quedé virgen ahí, no, mentira... de repente me sale su cosita... igual voy... pero con miedo sí, a la gente de afuera, al contratista, no al gallo de la compañía, porque uno a esos no los conoce.

La mayoría se ha ido, son muy pocos los que quedan acá; entonces ahora quedamos como familia no más, todos.

Ahora quedé cesante porque la empresa de aseo [en la que trabajaba] se terminó, así que me metí ahí a embolsar, a ayudar en el

supermercado, ahora estoy en eso; de repente me hago dos lucas, cinco lucas⁸, pero no es todos los días, ya los viernes en la noche llegan los niños del colegio a embolsar. Lo que gano no me alcanza, paso necesidades, bastantes, de repente no hay pa (sic) comer.

Fui loca pa (sic) pensar también. No pensé en el después.

Desde que dejé a mi familia, hace más de veinte años, no he sabido más de ellos. No conocí a mi mamá, tenía un hermano y una hermana y mi papá tenía una residencial-hotel, en Franklin, era de billete... pero no había cariño, no había amor... si el viejo al menos nos hubiera pasado la mano por la cabeza, algún cariño... así que pura rebeldía todo. No terminé el colegio, llegué hasta segundo medio no más... me fui a Valdivia y ahí estuve en un prostíbulo, después me volví a Santiago y conocí a mi esposo... y el desgraciado me salió malo, pero malo, malo, malo... me pegaba. Y me arranqué.

Y ahí seguí paso por paso, en prostíbulos. Llegué hasta Arica. Conocí Iquique. Pasé por todos lados. Al último llegué a Calama. Ahí tuve una hija. Hace muchos años que no la veo.

En Calama me metí a bailar con un mariconcito que había allá; nos mandaba a bailar, tú con este, tú con este otro y nosotras también nos creíamos artistas. Así que me puso en *Mawa bajo el dominio de Zulu*, con un maricón negro... yo tenía que arrancar, como que estaba en la selva... y el maricón después tenía que llevarme en brazos y se le olvidaba al huevón y me dejaba sola (risas)... participaba en sketches... en Calama, en Las Tres Marías... estuve en todos lados... en Calama hay cualquier negocio también, lleno.

Y de ahí, llegué acá.

No se veía la plata allá como se veía acá. Se ganaba más acá. Yo tenía que tener bolsas para ir guardando la plata.

No ahorré nada; por mi misma rebeldía a mí no me interesaba nada. Nada, nada me interesaba. Me interesaba yo... quería vivir como una paloma, libre así. Quería libertad, libertad y nada más.

Y conseguí mi libertad, pero no fue pa (sic) bueno, fue pa (sic) malo. Yo misma me arruiné.

Después me dio depresión; me enamoré de un gallo que na' (sic) que ver... el huevón tenía otra mina... después se casó y ese fue el sufrimiento mío, me dio una depresión muy grande... ya ni abría la puerta, golpeaban y yo "no estoy, estoy ocupá (sic)... después ya trancaba la puerta con el mismo catre.

Me dura hasta ahora.

Estoy sola. No tengo a nadie. Estoy sola yo.

Aquí una no puede tener amigas... la discriminación es fuerte... donde yo mismo vivo, la discriminación es grande: la puta, la maraca, la conchsumadre, siempre hay sido puta y vai (sic) a morir puta... es poca la gente que me trata con respeto. Como está *Mawita... La joya que quedó acá...* Yo les digo que está listo el Museo pa' (sic) recibirme en la primera vitrina, ahora que no hay momias ya... ahora que estoy toda destruida⁹.

Pero nunca he pensado en irme. ¿Dónde me voy a ir? No tengo adonde ir. Si algún día nos echan de acá, no sé que voy a hacer.

Y así se acaba uno... ahora uno espera no más morirse, nada más... no anhelo nada... para qué vivir de fantasías.

Cuando una se emborracha... realmente nadie sabe.

Aquí perdí mi juventud... mi fe.

Pero amo a María Elena, a pesar de todo lo malo que he pasado, porque como dice Frank Sinatra, sufrí y también reí, también gocé. También lo pasé rico, a la pinta.

Pa (sic) que vamos a estar con gueás (sic), así ha sido la vida.

ÉL: EL ÚLTIMO FLÂNEUR

Yo estoy acostumbrado a caminar, cuando voy por mi corrida me pongo a pensar en el pasado, en mi niñez. Cuando llegué a María Elena fue a la calle Cabo Vergara 755, allí conocí a mis amigos, a mi compadre, formamos un grupo, le pusimos hasta un nombre: *La Sotihue*, Sociedad de Tiradores de Huevas. Lunes y Martes no se trabaja, Miércoles y Jueves se hace lo que se puede, Viernes santo, Sábado descanso y Domingo a misa; ese es el lema que teníamos.

Nací el 48, tengo 58 años, los cumplí el 5 de junio recién pasado.

Yo empecé a trabajar a la edad de 7 años, porque mi mamá se juntó con mi padrastro —que en paz descanse—, y mi padrastro ganaba muy poco porque era vigilante y éste oficio era muy mal remunerado; tenía que trabajar 12 horas y ganaba una miseria. Entonces siempre estaba escaseando la plata en la casa, por ello me vi en la obligación de salir a trabajar. Como lustrabotas me inicié yo trabajando en Vergara¹⁰ en el año 59; cuando llegué a María Elena yo ya era lustrabotas, pero además aquí yo vendía limones, naranjas de Arica, vendía dulces, o sea todo lo que cayera en mis manos lo vendía, era muy vendedor y todos me tenían aprecio por que era honrado, jamás me quedaba con la plata y jamás me quedé con la mercadería, siempre la vendía, era una cosa segura, la gente me peleaba para darme mercadería, porque sabían que conmigo no se iba a perder nada.

Yo tenía un amigo que le decían *El Cabeza*, tenía una tremenda cabeza y era curadito, llegaba a la casa y me decía *Ñatito vamos a trabajar ando re' mal, ando grave*, e íbamos... le ayudaba a vender pescado, paletas, sacábamos 500 paletas cada uno. Vendía helado, vendía paleta, vendía hallulla, vendía pescado, vendía todo lo que cayera en mis manos, lustraba zapatos, vendía el diario; mi vida fue puro trabajar no más, naranjas, limones, pescado... a mí me traía la mercadería un viejito que se llamaba Marcos y venía de Pica. A veces yo estaba jugando a la pelota y *El Cabeza* me sacaba para ir a trabajar. Ahí íbamos a vender naranjas y limones de Pica, mangos, entre otras cosas.

Fui vendedor, fui lustrabotas, vendía pescado, que no hice... soy la raíz de acá. Trabajé lustrando zapatos hasta los 17 años, después de esa edad me fui para Iquique a trabajar, en el restaurante *La Victoria*, que estaba frente al mercado, en la plaza, hasta que llegó la hora de hacer el servicio militar; después entré a trabajar a la empresa...

Una vez que mi mamita dejó de trabajar y las cosas se pusieron más difíciles. Yo les compré los primeros uniformes a mis hermanas, a la mayor, la menor, la que sigue de mí, yo las mandaba a la escuela, se cocinaba con mi plata.

Todos los viejos me conocían, no había nadie que no me conociera, porque siempre me veían trabajando, de una u otra forma pero trabajando, yo era como un símbolo para ellos, no sólo era conocido en María Elena, si no que en Coya, Vergara¹¹, Pedro de Valdivia; yo tenía un tío allá en Pedro, don Samuel Esquivel que mi mamá me mandaba a verlo; en Vergara tenía mis tíos Prudencio y Roberto, más conocidos como *Los perros negros*, eran mineros.

Ahora cuando miro las pampas me da tanta pena; en Vergara tengo sepultada a mi abuelita, varios amigos, una ex polola, la Rosita Mouro; está la Carmelita, tía de la finadita Rosita Mouro; yo pololeaba con la finadita y con la prima de ella, la Margarita Pereira Sanhueza, tengo allá a mi tía Dina. Me da mucha pena, se me vienen todos los años encima, veo todas las cosas distintas, sueño con lo que era Vergara; yo viví la mejor época de esos lugares, la mejor época de todas las salitreras, yo pertenezco a todo esto. La pena me embarga y me siento mal.

Ahora se ha perdido toda esa tradición que tenía María Elena, ya no tiene las tradiciones antiguas en que todos éramos una comunidad, todos éramos una sola persona, luchábamos por una misma razón y teníamos un mismo pensamiento: hacer más grande la oficina en que vivíamos, y tantas cosas.

Yo me siento orgulloso, esto ha sido mi vida entera, aquí nací, aquí me crié, aquí forme mi familia, mi mujer es pampina, mis dos hijos son pampinos; es mi vida yo doy todo por ella.

Aquí conocí a mi polola que en paz descansa, la finadita Ana, a mi mujer también; me di a conocer como deportista, tuve a mis amigos, aunque casi no están, todos se fueron, se fue el Pinocho, el compadre Kiko... de pampinos quedamos pocos ya.

Me da pena cuando paso por mi corrida [de casas] y la veo tan triste, antes jugábamos a la pelota ahí, hacíamos pasar rabias a las viejitas, ellas nos llamaban para que les fuéramos a comprar carbón, que tráiganme durmientes, que cerveza a la bodega o de la pulpería... todos éramos buena voluntad, preguntábamos en toda la corrida quien quería carbón, y ellas pedían... entonces hacíamos un solo viaje e íbamos en patota; para comprar hacíamos lo mismo, nos levantábamos a las cinco de la mañana, uno se ponía en el pan, otro en la carnicería, otro en los abarrotes... ahí conocíamos a mujeres, conocíamos a niñas de la edad de nosotros, compartíamos, nos íbamos a *La Chilénita* a tomar unas bebidas, tocábamos la chancha, bailábamos ahí en el mercado, porque el parlante estaba afuera, bailábamos y luego se iba a buscar el pan; también íbamos a la plaza a tomarnos fotos con los fotógrafos de allí, en el cajoncito nos tomaban las fotos... todo eso lo viví en Cabo Vergara 755.

Teníamos amigos y amigas, todavía hay una que está vieja, la que se casó con Pitota... muy bueno para la pelota el Pitota. Esa es la única niña que está aquí, y de los hombres quedo sólo yo, los otros ya se fueron. El otro día fui a Tocopilla y vi a mi amigo Pineda, El Bomba como le decíamos, estaba curadito, eran como las 7 de la mañana y ya andaba curado, me dio pena cuando lo vi.

Y eso, de pura pena.

Yo creo que el que se va de la pampa se va a morir no más, y si no se muere cae en el vicio... cuando vi a mi amigo lo llamé, *qué te pasa*, le dije, *son la siete y ya andas curado*, me pidió unos pesos y se los di, como se los voy a negar, aunque en vez de ayudarlo lo estoy dando para que se envenene, yo me crié con él.

Casi todos los amigos que he visto, que están en Antofagasta se han tirado al vicio, uno compartió con ellos muchos años, en la escuela, en la pelota, qué pasa con ellos... están perdidos en el tiempo, se les acabó la ilusión de vivir, si no están con el copete no saben vivir. Nosotros hacíamos fiestas sanamente, la gente nos apoyaba porque éramos muy organizados, cantábamos y cada uno tenía su repertorio, había poetas, cantores de tango... imagínese un cabro chico cantando tango.

La polola que yo tenía, la Anita, en paz descansa, se crió con su padrastro, eran como ocho hermanos los que él tenía, los hermanos García, cuando ellos se juntaban quedaba la escoba, eran de Valparaíso y viejos de tango, cuando se ponían a tomar esos viejitos... El caballero Lucho se juntaba con el caballero Juan, el caballero René con el otro y así... se unían en dúos para cantar los tangos, tomaban 15 días, 20 días, el mes completo... y seguían con el otro mes. Se levantaban curados, iban a trabajar curados y seguían igual, nosotros de tanto escucharlos aprendimos y cantábamos los tangos, los viejos nos enseñaban más, después nos estaba enseñando a bailarlos, a las niñas a nosotros... fue muy bonito.

Me crié en el Cabo Vergara 755, fue la mejor corrida que tuve, ahí me formé como hombre, como deportista... todos salimos de ahí como deportistas, yo participaba en el cuadro blanco¹², por eso tenía un físico espectacular. Antes aquí los tarros grandes se partían y quedaban como basureros, yo tenía la costumbre de correr y saltar todos los tarros, pesaba como 20 kilos. Cuando hice el servicio militar me faltaba 2 meses para cumplir los 18 años y pesaba 38 kilos, el fusil y la mochila pesaban más que yo... por eso me echaron, peleé por quedarme pero me echaron igual; adelante mío estaba el *Tarro con piedras*, a ese lo bañaban todos los días para que bajara de peso, en vez de bajar subía más... también lo echaron por exceso de peso, él también era de María Elena, de nuestra corrida, los *Tarros con piedra* también son eleninos totales.

Como deportistas éramos buenos, íbamos a jugar a Valdivia, a la Ossa, a la Flor de Chile, jugábamos en la *cancha de la batea* con los Cautín; le llamábamos la *cancha de la batea* porque tenía un alto impresionante de gravilla, no corría nada la pelota, además la cancha estaba inclinada. Nosotros no nos hacíamos problemas, jugábamos igual.

La juventud de nosotros fue bonita, existía el trago pero no para nosotros, no existía el pito, nosotros tampoco fumábamos, el único vicio era el teatro. Nosotros como hombres teníamos que machucarnos para llevar a las niñas al teatro, y después del teatro había que llevarlas a *Las Delicias* a tomar un refresquito con helado.

El cine era muy bonito, cuando pasaban películas mexicanas de Cantinflas, de Tintán, de Mejías, de la Rosita Quintana, de Antonio y Pedro Aguilar, Pedro Armendáriz, quedaba la escoba. Cuando pasaban una película mexicana uno tenía que estar ya ahí haciendo cola para poder entrar a la matinée; a las 2 de la tarde se habría la boletería y a las dos y media empezaba la película, pero uno tenía que estar tempranito en la mañana antes de las 8 haciendo fila para entrar a ver al mexicano Cantinflas, después tu salías y dejábamos a 6 en la ventanilla y a las seis de la tarde cuando abrían de nuevo comprábamos 6 entradas que después revendíamos cuando las oficiales se acababan. Con esa plata entrábamos al otro día con las niñas al teatro¹³.

Yo llegué a María Elena el 60, hasta el 59 estuve en Vergara. Llegue como lustrabotas... me formé como niño aquí y después como hombre, pasé los mejores años de mi vida aquí.

Entonces toda la gente aquí se vestía de bien, todas las cosas que se traían eran importadas, eran Inglesas o Americanas, nacionales casi no habían, sí de Tocopilla... la gente de Tocopilla venía a buscar aquí el té y el azúcar, imagínese usted, se compraba por grandes cantidades, porque había convenio entre la empresa y los sindicatos, supongamos que este bolso en el comercio valía mil pesos, en la pulpería valía doscientos pesos, y todo de buena calidad... entonces la gente compraba en la pulpería, los Tocopillanos

venían para acá iban a la casa de una persona y le decían, cómprame esto... y sabe lo que hacían, hacían comercio, llevaban las cosas de aquí y las vendían en Tocopilla, lo que más se llevaban era el té.

Si aquí había un finadito que le decían *El siete ternos*, que está sepultado aquí en María Elena. Entonces, a ese caballero le decían *El siete ternos*, era uno moreno, de bigote, y usaba el sombrero a la ceja, y siempre andaba con terno, si estaba de noche, él se bañaba... lo poco que se bañaba, se afeitaba y se ponía un terno, para ir almorzar hacía lo mismo, se bañaba y se ponía otro terno, para ir al lonche hacía lo mismo y se ponía otro terno, para ir a comer otro terno... y por ello le pusieron ese nombre, quedo con ese nombre nomás... *El siete ternos*.

Aquí se vivió en la abundancia... se vivió en la abundancia, todo aquí era de calidad.

Yo quiero hacer un listado de todos mis amigos y mandarlos a buscar para reunirnos una vez al año, éste año podría ser aquí en María Elena, ya que nosotros somos de María Elena, tengo sus direcciones, sé como ubicarlos... cada vez que nos vemos no queremos separarnos, nos abrazamos nos ponemos a llorar, nos vamos al rancho a tomarnos una cerveza, después nos vamos para la casa...

El pampino nunca se va a terminar, él tiene raíces grandes y fuertes que nadie las va a cortar, podrán quitarnos el campamento, podrán quitarnos todo... pero el orgullo de ser pampino y haber nacido en estás tierra jamás en la vida.

Les dije a mis hijos que si moría deben enterrarme acá, si no hay espacio incinérenme y espárganme, un poquito en Pedro, un poquito en Vergara, un poquito en Coya, y todo el resto en María Elena, nunca me voy a alejar de aquí, siempre voy a estar presente, toda la vida; mis hijos y mis nietos deben seguir con lo mismo... todos somos pampinos de corazón, nadie puede renegar de esto, mi mujer tampoco, eso sería una cobardía.

Nacimos como pampinos y moriremos como pampinos.

EPÍLOGO

Los buenos tiempos desaparecieron para siempre. Por eso, quienes sobreviven parecen definitivamente exiliados, testigos que transmiten lo perverso que ha sido el mundo.

Pero, ¿dónde han de ir? Sólo conocen el desierto.

Las pocas veces que han abandonado la pampa solo ha sido para volver con la convicción cada vez más firme de que afuera tampoco existe un lugar para ellos; la ciudad es feroz, aterra, sobrepasa. Pero el intento de huida es el último ritual que los consagra como habitantes definitivos de un mundo que poco a poco se desvanece.

Vuelven. Siempre vuelven.

Cada día, ella despierta y dilata hasta el límite el momento de lanzarse hacia el mundo con la poca esperanza que le queda.

Todas las mañanas, él abre la puerta de su casa con el mismo gesto decidido con que descorría las cuerdas del ring.

Y ambos, ella y él, como antes, con los ojos muy abiertos, entran a lo incierto.

NOTAS

1 Trabajo realizado en el marco del Proyecto Fondecyt 1060092, "María Elena, cambio y reestructuración cultural. Una cartografía antropológica de sus marcadores".

2 Mawa corresponde al nombre de un personaje televisivo y femenino, con características de heroína, de una historieta ambientada en la selva. Mawa, se hacía acompañar por sus jaguares.

3 Corresponde a las siglas de la Empresa Sociedad Química y Minera de Chile, hoy SQM, que es la explotadora monopólica de los nitratos de los cuales se extrae principalmente salitre y yodo. Es también la empresa dueña de la ciudad de María Elena, en la II región, de Antofagasta.

4 Se refiere a la Oficina salitrera Pedro de Valdivia (1930-31), la ciudad históricamente rival, con la que los eleninos disputaron cuál era la más bella y era la más armónica en términos de dotación de servicios e infraestructura. Asimismo, corresponde a su alter ego deportivo, en un marco de prácticas que alcanzaron más de 30 disciplinas. Entre ellas, golf, en pleno desierto de Atacama.

5 Buque: corresponde en términos salitreros a un "pasaje habitado por solteros". Este recibe una denominación particular en correspondencia a los nombres de embarcaciones de la armada chilena.

6 La llegada de contratistas corresponde a la estrategia de externalización de servicios por parte de la empresa minera. Ello, significó que Oficina Salitrera pasara de sus 10.000 habitantes a menos de la mitad, y hoy a unos 3.000. De este modo, la modificación de las relaciones laborales implica que la ciudad se transforma en un campamento minero con características de allí inclusive para sus trabajadores, y en la que ya no tienen lugar las familias, los niños y los ancianos. Esto, es lo que hace que la escuela pierda año a año matrícula, y que el comercio decline ostensiblemente al haber cada día menos habitantes.

7 Indica el cierre de la Oficina Pedro de Valdivia en 1995, la que estaba ubicada a 30 kilómetros de distancia. Ésta, después de haber sido declarada "Monumento Nacional", es decir, "bien patrimonial", fue saqueada por los traficantes de maderas nobles con las que había sido construida, por lo que se encuentra desmantelada, como si fuera un barco desguazado.

8 Forma corriente de referirse a la moneda nacional de Chile: el peso.

9 Refiere a la sala de exposiciones del Museo Municipal de María Elena, en el que se expone una momia precolombina.

10 Refiere a la desaparecida Oficina Salitrera Vergara

11 María Elena, Pedro de Valdivia, Vergara y Coya, corresponden a una agrupación de centros habitacionales, productivos y de servicios, que forman lo que se conoce como Cantón Salitrero. Esta agrupación particular, interconectada por el antiguo ferrocarril, se conoce como Cantón Toco, ya que el puerto de embarque del Salitre producido y de desembarque de productos de consumo cotidiano de estas oficinas, se encontraba en el puerto de Tocopilla.

12 Se refiere al equipo gímástico de la oficina María Elena.

13 Día por medio se cambiaba la cartelera del cine.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, G. (2004). *Infancia e Historia*. Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires.

BAUMAN, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

>